

## CAPITULO IV

### *Un curioso testimonio*

En la mañana, la mujer de don Hernando fue al dispensario a hacerme una consulta médica. ¿Una casualidad, o es que, enterada de mi investigación, prefirió que nuestra entrevista se llevase a cabo en terreno neutral, y no en su casa, donde mi presencia podía despertar la curiosidad del marido? Sea lo que fuere, allí estaba. Con sus carnes firmes, su piel tersa, el revoleo lascivo de los ojos y los húmedos labios pintados sin mesura. Mostraba, al sonreír, varios dientes de oro y una lengua muy roja. El pelo, negro lustroso, se lo había alisado en fecha reciente.

Después del examen la retuve a fuerza de chistes y de un sutil coqueteo, si bien a esta altura yo tenía la absoluta seguridad de que la consulta no era más que un pretexto, lo que se vio confirmado por la ansiedad con que se arrojó sobre mis preguntas. Por otra parte, su naturaleza apasionada y su nivel moral no la inclinaban, por cierto, a la discreción en materia amorosa.

Era una historia sórdida, carente de interés objetivo; pero tenía para mí la no despreciable virtud de ser el primer testimonio directo de una de las víctimas de Rafael.

Comenzó por relatarme, con una pasión que no justificaba la vulgaridad de los hechos desnudos, su primer encuentro con Rafael, en el curso de una fiesta de cumpleaños al término de la cual durmieron juntos en el cuarto de una amiga. Ella había cedido más por curiosidad que por verdadero deseo. Resultaba original la idea de acostar-

se con un muchacho, un muchacho, además, que había alcanzado tanta notoriedad. En una mujer de su temperamento, el sexo ni es pecado ni es misterioso. El instinto presiona, y se aceptan sus demandas sin muchos aspavientos. Los remordimientos, los temores religiosos no rezaban con ella.

Y, sin embargo, en brazos de Rafael descubrió una nueva dimensión del placer, una dimensión deleitosa y aterradora. Ninguno de los muchos amantes que había tenido en el curso de una vida centrada en el amor le había revelado, con tanta fuerza, su condición de mujer; ninguno la había hecho tan consciente de sus propias posibilidades como dispensadora y beneficiaria del goce sensual. Algo tremendo ocurrió también esa noche: por vez primera asoció su espíritu a una empresa de la carne. Por vez primera, aquél participó activamente en la ciega función animal. Gozó con alma: un alma destinada a las tinieblas que ascendían de la sima insondable del instinto.

La lascivia y animalidad agradables de su cara habían desaparecido. Ahora sólo existía miedo, incomprensión, perplejidad. Una vida más, entre las muchas marcadas por la de Rafael. Machacaba, machacaba con insistencia cansona los detalles de aquella noche, tratando de justificar su arrebató.

¡Cuántas cosas me contó! Cosas que no quiero registrar, porque pertenecen al dominio más sombrío de la condición humana. Únicamente voy a consignar aquí dos recuerdos que me llamaron la atención.

Habían alquilado una casita en el campo, como a dos kilómetros del pueblo, en donde solían encontrarse siempre que podían. Por lo regular, Rafael la utilizaba como taller de pintura. Frecuentemente, pasaba días enteros encerrado en ella, con sus colores y pinceles. A unos cincuenta metros de la casa corría una quebrada de aguas lentas y turbias.

En una ocasión, aprovechando la circunstancia de que don Hernando había viajado a la capital en asuntos oficiales, fueron a pasar la noche en la casita.

Las doce. El mar, presa de una amenazadora inmovilidad, contiene la respiración. Ella se despereza, con la característica languidez del deseo satisfecho. Rafael fuma cigarrillo tras cigarrillo, nervioso, impaciente, como quien está a la espera de algo. Súbitamente —de la arboleda o de la orilla del arroyo— brota un grito como de pájaro asustado. Una especie de bú, breve y seco. Rafael se incorpora en el lecho, sobresaltado, y presta atención. De nuevo se eleva el grito:

—Bú. . .

Una pausa, y de nuevo:

—Bú. . .

Y el grito se va repitiendo con intervalos de quince segundos, cada vez más alto. Da la impresión de que el pájaro —o lo que sea— se está acercando.

—Bú. . . Bú. . Bú. . .

El poeta salta de la cama y corre a asomarse a la ventana. Nada puede ver, porque es una noche oscurísima. Sin embargo, comienza a cerrar los puños violentamente y a llevárselos a la frente presa de gran agitación. El grito ya resuena al pie de la casa. Rafael saca la cabeza por la ventana y vocifera:

— ¡Perra! ¡Perra cochina! ¡Perra! ¡Sucia, puerca asquerosa: ¿qué vienes a buscar, desgraciada?

En las tinieblas estalla un grito enloquecedor. Un lamento como el de los gatos cuando copulan, sólo que más escalofriante, sostenido y agudo. Simultáneamente, sienten el rastrillar de unas uñas gigantescas contra las paredes exteriores de la casa. Paralizada por el terror, la negra no se atreve ni a respirar.

En una confusión horrenda, se mezclan ahora los aullidos, arañazos, sollozos, con los insultos de Rafael:

—Perra! Perra del demonio!

Al cabo de tres minutos eternos, la negra por fin entien-

de. Inmediatamente, extrayendo fuerzas de su pánico, entra en acción. Bucea la bacinilla bajo la cama, la levanta en el aire y con el palo de la escoba se pone a aporrearla salvajemente. Lo que se halla afuera, se aleja aullando:

— ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay. . . !

¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay. . . !

Rafael gira sobre sus talones y, tambaleándose como un borracho, corre a arrojarle a la cama. Tiembla de pies a cabeza y los dientes le castañetean como en un paroxismo palúdico. Abrazándose a la negra, cae en un sueño profundo del que despertó quince horas más tarde.

El otro recuerdo tenía el mismo escenario. Una mañana sintió la necesidad de ver a Rafael, y fue a la casita. Estaba vacía. Desilusionada, se disponía a retirarse, cuando un caballete arrinconado a la pared atrajo su mirada. El cuadro se hallaba cubierto por una sábana llena de manchones de pintura. Recordó en ese mismo momento que nunca había visto un cuadro de Rafael. Vencida por la curiosidad descubrió la tela, y sus ojos vieron un espectáculo extraordinario: por el centro de la tela corría un río cristalino pintado con mucho realismo. En la orilla, de frente al espectador, una bruja espantosa y desgrefñada, de uñas como garras y senos podridos, contemplaba el cadáver de Rafael inmerso en el agua. Nada lo indicaba explícitamente, pero el rostro del poeta era el de un ahogado. Los ojos, vacíos de expresión, reflejaban pasivamente el cielo claro. Detrás de la bruja, y apoyando la mano en el hombro de ésta, un adolescente, muy parecido a Rafael, miraba la escena con ironía y satisfacción. Este otro personaje era muy parecido a Rafael; pero no era Rafael. Se diría que era un hermano de él o algo así. En sus pupilas ardía el mal. Y, sin embargo, era encantador. Como sólo Rafael sabía serlo.

Ella volvió a cubrir el cuadro, y se alejó despavorida. Estuvo varios días sin verlo. Lo evitaba cuidadosamente. La

carne se le ponía de gallina cada vez que recordaba el cuadro. Un miedo enorme se asoció en adelante a la imagen de Rafael.

Pero una tarde él la poseyó de nuevo, y todas las sombras se disiparon ante aquel rostro luminoso.



## CAPITULO V

### *Fragmentos de un testimonio* *(La tarde de ese día)*

—No, no lo sé. Ni siquiera tengo una sospecha definida.

—Entonces hábleme de sus relaciones con Rafael. No es necesario que me dé los detalles íntimos.

—La verdad es que estoy desorientado. No me sobran motivos para sentirme satisfecho de mi vida. La naturaleza me ha dado, al par que mi defecto, un fino sentido moral, una conciencia muy aguda. Por lo mismo, mi envilecimiento no ha sido total. En medio del arrebato, una luz cruel me ha puesto en evidencia a mis propios ojos. Por eso me duelen las simplificaciones ajenas. Fulano es así; pero ¿qué sabe él de las manos que lo empujaron a su presente condición? ¿Qué sabe de la corriente interna que lo arrastra a uno a pesar de la resistencia, del bracear desesperado, de la voluntad de no mancarse? No pretendo mitigar mi culpa. Quiero, sí, ofrecerle elementos de juicio para que el suyo no sea demasiado severo. Algunos creen que a todas horas del día y de la noche andamos tras la satisfacción del ansia que nos define a sus ojos. Nada más falso. Tengo muchos intereses. Soy hombre culto. En mi juventud viajé mucho por Europa y Norteamérica; en un colegio colombiano hice mi bachillerato. Estudié varios años la carrera de medicina. Tuve que abandonarla porque me sabía indigno de ella. Usted que, según mis noticias, es un buen médico, entiende lo que quiero decir.

—Sí, me doy cuenta.

—Pues bien, en el curso de mis andanzas tuve oportunidad

de conocer todos los tipos de nuestra especie. Gente extraordinaria se cruzó en mi camino. Los años y los viajes me habían curado de espantos; pero la lección final me la dieron en Bocas del Toro. ¿Usted llegó a tratarlo a fondo?

—Creí haberlo tratado a fondo. Las revelaciones de estos últimos días me han convencido de que no lo conocía ni siquiera superficialmente.

—Comprendo. . . ¿pero al menos estas tres personas le habrán pintado un buen retrato?

—Hasta cierto punto.

—Dice usted bien: hasta cierto punto. Porque hay que desconfiar del testimonio humano, siempre fragmentario y controvertible. Nadie, sino Dios, puede pintar el cuadro completo. Nadie, sino él, ha visto la escena desde todos los puntos y perspectivas.

—Me he dado cuenta de ello en estos días.

—Por eso hay que hablar con humildad y prudencia de lo que son y hacen los otros. Yo he renunciado a juzgar, a condenar. Cuando vienen a contarme cualquier infamia, cierro los ojos y rechazo la tentación de comentarla. A la hora de la verdad, cada quien pondrá en orden sus asuntos, y los actos en apariencia más absurdos puede que encajen perfectamente dentro de ese orden. Nadie nos autoriza a decidir si la acción era justa, si tenía razón de hacer lo que hizo. Le pido perdón por estas reflexiones, que son producto del cansancio, del mucho vivir y ver. Usted ha venido a plantearme un problema cuya solución jamás encontraré. Me pide que le hable de Rafael. ¡No sabe usted lo que me pide! Cabría preguntarse si mi testimonio es válido, si no es demasiado parcial. El afecto —o como se llame el sentimiento que nos unía— no conoció estados intermedios, equidistancias. O era todo luz o pura sombra. Me sería imposible situarme en la perspectiva exacta para mirar con claridad, objetivamente, el corto trecho de camino que recorrimos juntos. ¿Juntos? Bueno, por lo



menos al lado uno del otro. No creo que Rafael llegó a disfrutar de ese estado que se llama compañía. ¿Quién era capaz de acompañarlo? ¿Orlando, la abuela, el cura? Esos pobres diablos asustadizos carecen del coraje necesario para aventurarse en la oscuridad a solas con alguien tan inquietante como Rafael. No; él caminó sólo, completamente solo. Los otros no éramos más que siluetas al borde del camino. En alguna mujer abrevó para calmar su sed, reponer fatigas y proseguir viaje. Lastimó a muchos, sin lugar a dudas. Pero ellos estaban condenados a ser heridos por él. No podía dejar de lastimarlos, aunque hubiera querido. Ellos fueron los responsables, por salirse al paso. Es a ellos a quienes hay que pedir cuentas por haberle dado ocasión de maltratarlos. Varios se suicidaron por él. Con toda el alma los maldigo por haberlo hecho. Usted debe considerarse un monstruo por hablar así, ¿no?

—En manera alguna. Le suplico que prosiga. Procuro entender.

—Bien; recordemos. Digamos con Calderón de la Barca: “y pues que la vida es tan corta, soñemos, alma, soñemos otra vez”. Soñemos. . . permítame que cierre los ojos, no aguanto la luz del día. Soñemos. . . así, en esta penumbra que me he creado, me parece verlo, sentado en la misma silla que ocupa usted ahora, leyendo con su voz añorada y solemne el poema central de su segundo libro: “Falsos Testimonios”. Una mano lánguida, envuelta en la luz crepuscular, hace señales en el vacío a la terminación de cada estrofa. Los dedos subrayan la intención del ritmo. Tersos y lípidos se suceden los versos, evocando diafanidades profundamente reales. Algo, largo tiempo esperado por el aislamiento humano, está a punto de irrumpir en la alcoba. Su presencia ya se siente; el aire ralo del anochecer nos trae sus pasos y su fragancia. Yo estoy tumbado en la cama, esperando, esperando. Todas las frustraciones de mi vida se sedimentan, formando un asiento compacto e in-

conmovible. Los ojos de Rafael arden con la luz que él ha extraído de su noche. La voz se eleva clara y distinta y, sin embargo, un silencio de muerte nos rodea. Al terminar, sus ojos buscan los míos. En los de ambos hay lágrimas. Quisiera hallar las palabras para perdonarlo, para consolarlo por tanta belleza; pero mis labios permanecen inexplicablemente sellados. No se despegan, no hacen el menor movimiento para permitir la salida del tumulto que me oscurece el corazón. Rafael, entonces, se incorpora y, guardándose el librito en el bolsillo, abandona la habitación sin despedirse. Yo cierro los ojos, aprieto los puños y colmo la soledad de imprecaciones, de preguntas blasfematorias. . . ¡Ah, doctor! Soñemos otra vez. . . remontemos el sueño hasta su cabecera. Soñemos la vocecita que entona en la iglesia “Panem et Angelicum”. El maldito está allí arrodillado, pensando en las tinieblas asfixiantes de la carne. Helo ahí, en un banco, deplorando las concesiones que debe hacer para calmar su tormento; helo ahí, hundido en el hondón de un desconsuelo sin nombre. Vívidas imágenes de podredumbre relumbran al fondo de sus ojos cerrados. De pronto, se eleva la vocecita. Al principio, el maldito cree estar soñando. Cree haberse vuelto loco; cree que Dios, en su infinita misericordia, ha escuchado al fin sus plegarias y enviado a alguien a rescatarlo. Y es Rafael el que, a punto de marchar por senderos aún más sombríos que los recorridos por él, nos entrega la pureza que no es suya, que nunca podrá alcanzar. Hay un resquicio en el Paraíso; hay una puerta mal cerrada, y el maldito sabe ahora que es posible abrirla. Ese día me fue revelado. . . soñemos, doctor, soñemos estas escenas inocentes antes de que el sueño degenera en pesadilla y nos pierda. Soñemos, doctor.

—Lamento en el alma haberlo apenado obligándolo a revolver estos fantasmas.

—No se preocupe, doctor: aun sin estímulo exterior vivo

revolviéndolos calladamente. Me hace mucho bien tener a alguien inteligente y comprensivo con quien compartíroslos.

—Gracias. Prosiga.

—Bien. Continuemos. Volvamos la mente y el corazón al momento que hemos estado rehuendo, y que ni por un segundo se ha apartado de mi cerebro en el curso de esta conversación. Ahí reside todo el horror, toda esta espantosa equivocación cometida ignoro por quién. Pero ante todo, doctor, ¿Me creerá usted si lo juro que al comienzo, y durante el tiempo que precedió a esa noche, me había propuesto mantener limpias nuestras relaciones? ¿Que me había prometido no permitir que se ensuciaran? Mi conciencia puede atestiguar que cumplí mis propósitos, y que lo ocurrido no fui yo quien lo provocó. Ya alejé hasta lo último una escena que siempre gravitó —aun antes de tener lugar— sobre nuestras cabezas. Yo resistí hasta el final. El fue el culpable. El me arrastró abismo abajo. . . , entonces supe que me había sido denegada la salvación. El infierno abrió de par en par sus puertas, y esa fuerza incontrastable que albergaba Rafael en su pecho me empujó adentro a empellones. La muerte se hizo carne. Esa noche comprendí qué gran desventura es haber sido señalado. ¡Oh, noche! Noche adversa: en tu regazo bebí hasta la muerte la sangre envenenada del cordero. La sombra se cerró sobre mi cabeza impura. Rafael, Rafael, vuelve a mí esta noche para revivir aquel momento. Vuelve, para nuevamente perdersen juntos. Vuelve, vuelve Rafael, a la gruta, a la guarida del vampiro. Vuelve a leer en el silencio crepuscular de mi alcoba tu “Falsos Testimonios”. Para callar a la terminación de su lectura los dos. Vuelve. . . el corazón anhela volver a morir con la noticia de tu muerte. . .

—Le ruego que no se exalte, puede hacerle daño.

—Ya nada puede hacerme daño, doctor. Estoy más allá del sufrimiento y de la alegría. Indiferencia, desgano, son los únicos sentimientos que ahora soy capaz de experimentar.

Ya nada podrá tocarme, jamás. ¡Nada, nada!

—Desde que inicié esta desgraciada investigación no he hecho más que lastimar a la gente exhumando viejas historias, desenterrando cadáveres convertidos en polvo por los años. No tengo palabras con qué expresarle mis sentimientos.

—No hace falta, doctor. Sé casi con exactitud lo que piensa. Usted es un hombre bueno y honrado. No debió meterse en esas honduras pestilentes. Sólo dolor y sorpresas desagradables puede traer la indiscriminada investigación del pasado. Al pasado hay que dejar que lo absorba la eternidad. Mire los hombres de este pueblo. Vea los estragos de un pasado latente. Mírelos a los ojos; observe el desvelo que apaga las miradas. El remordimiento puro, sin objeto ni contenido concreto. Escuche con ellos el jadeo que no les da reposo. Medite en este crimen del que todos se sienten responsables directos o cómplices de pesadilla.

—Es cierto. El aire es irrespirable. Algo se gesta en la sombra.

— ¡Es la misma sombra! Es el llanto sin causa, el llanto que perdura solo, más triste porque no se sabe qué lo ha originado. Es el llanto por el llanto.

—Es cierto: dentro de nosotros se llora algo irreparable. Algo nos hace falta; algo ha roto el precario equilibrio de nuestras vidas.

—Y ese algo ha cobrado muchas víctimas. Ese algo se ha llevado a Rafael para siempre.

—Sí; se lo ha llevado para siempre. . .

Apagué la luz de la mesita de noche, y, con los ojos cerrados, aguardé a que los dos comprimidos de amital sódico me trajeran el sueño. No podía dormir espontáneamente. Lo único que podía procurarme el descanso que necesitaba un urgencia eran los barbitúricos.

El fantasma de Rafael me había trastornado. Reflexioné que las bases de mi existencia eran sobremanera endebles.

Mi mundo era frágil, y bastó un leve encuentro para que saltara en pedazos.

En este asunto cada vez aparecían nuevos cantos, y la marea se desenrollaba y se alargaba hasta el infinito.

Con la palabra infinito resonando locamente en mis oídos, me dormí.

La marea en ascenso golpeaba mi sueño, socavando sus cimientos. El cementerio cercano relucía a esa hora, sin testigos, cubierto de afligentes fosforescencia.

La vida alegaba a la paz de las tumbas torpes avanzadas, tímidos intentos de recuperación. La hierba proliferaba en la tierra arenosa; los cangrejos cavaban ciudades profundas al lado mismo de los huesos. Cadáveres de ayer, cadáveres de hoy juntaban sus silencios para contener la invasión.

Una ola cubrió cierta tumba con espesa y crepitante espuma.

Dejemos, pues, el silencio y el cielo oscuro y los cangrejos plateados, el moho y la humedad, y la tensión y la densidad del aire y las margaritas descoloridas y los montoncitos de tierra y las lápidas despintadas y de nuevo el silencio, el silencio aterrador.

Esa noche vi el rostro de Rafael en sueños. Volví a hacerle la autopsia. Con una pinza diminuta descapsulé los riñones como si se tratara de un pequeño y delicado animal. Vi el buque fantasma y al pescador y a su mujer y al padre del pescador y a los arrecifes azotados por el mar. Se me apareció la serpiente y el tiburón ensangrentado en la playa, tendido a los pies de un negro gigantesco, y vi a los muertos trabajando febrilmente a la orilla de los ríos y en las copas de árboles y palmeras y en el centro de un mar tormentoso y bajo la lluvia y los truenos, y, de pronto, en la oscuridad, alguien me besó las manos.



## CAPITULO VI

### *En el cuarto de Rafael (Al día siguiente)*

Brutalmente, le hice un resumen de mis entrevistas con Orlando y con el cura. Comprendí, a medida que avanzaba en mi relato, que no estaba haciendo ninguna revelación. La abuela de Rafael lo sabía todo.

Imposible deducir por sus facciones el parentesco con Rafael. Era una viejecilla insignificante, encorvada por los años, arrugada, encanecida, de nariz ganchuda y labios finos. Sus ojos castaños tenían una expresión curiosa. Casi todos se han muerto, parecían decir. De cuando en cuando carraspeaba ruidosamente.

De la mortal angustia que había provocado el problema cardíaco no quedaba rastro. Parecía resignada. Tal vez había comprendido.

—En una palabra: ¿usted ha venido a mi propia casa a decirme que mi nieto era un monstruo? —me sorprendió el tono de absoluta indiferencia con que hizo la pregunta.

Torpemente balbuceé una serie de excusas atropelladas. Hablé de ángel y la bestia que conviven en el hombre; repetí el lugar común de que el genio y la locura son hermanos; de que la vida de Rafael en nada afectará su obra, que ésta ha de brillar eternamente, confortando con su luz pura a los hombres.

—¡Esas son puras pendejadas!— me interrumpió roncamente. Y, como siguiendo en voz alta el hilo de un discurso mudo—: Yo se lo había dicho a Josefina, que ese hombre no

le convenía, pero ella era tan terca. Yo le advertí que no se casara con ese alocado. Ahí estaba Hermenegildo, que tenía su buena finca con vaquitas y todo. . . nada de esto hubiera pasado si me hubiera hecho caso; pero estas muchachas de ahora no le hacen caso a sus mamás. . . ese muchacho era el demonio. . . no lo parecía. . . fue el río, la finca donde fue a temperar lo que tuvo la culpa. . . desde que el niño nació yo me di cuenta de que no era cosa buena. . . tenía algo en la frente. . . y toda esa cantadera y esa pintadera y esas cosas que escribía. . . y llegaba a casa siempre de madrugada. El creía que yo no me daba cuenta porque nunca le dije nada. . . toda esa plata gastada en el colegio en balde! Mejor la hubiera regalado o se la hubiera prestado a Tomás para el negocio de los puercos que pensaba hacer. ¡A cuarenta centavos la libra la venden esos ladrones del mercado! Josefina jamás sufrió de los nervios de soltera. . . casarse y enfermarse. . . es que hay hombres que no sé lo que le hacen a las mujeres, como ese Aparicio, el de doña Hermelinda, cualquiera diría que las ojea. . . y luego se mató sin pensar en nadie. ¡Claro! Para eso estaba la idiota de la suegra, para cargar con el hijo, para cargar con ese. . . ¿ya le conté lo que pasó una noche, hace como dos años?

Fue un relato apasionado e incoherente. De aquel cúmulo de interjecciones, de pausas significativas, de guiños y carraspeos, logré sacar en claro lo siguiente:

Una noche, bien tarde, ella despertó sobresaltada. Del cuarto de Rafael venían unos estertores angustiosos. La vieja se levantó a prisa y echándose una sábana encima, atravesó corriendo el pasillo. Abrió la puerta. En la cama, el muchacho se debatía furiosa y desesperadamente, emitiendo un quejido de asfixia. Nada pudo distinguir en la oscuridad, pero daba la impresión de que Rafael sostenía una lucha a muerte contra un ladrón o un asesino. Ella le dio vuelta al conmutador de la luz. Rafael se inmovilizó simultáneamente con la



claridad que inundó la habitación. Estaba solo. Ella, entonces, pensó tranquilizada que se trataba de una pesadilla. Rafael la miró angustiado. Al cabo, murmuró débilmente:

—Abuelita. . . —y le alargó los brazos en un ademán infantil.

La abuela se acercó al lecho y lo rodeó con sus brazos. El dejó caer la cabeza en el regazo de la vieja, que se había sentado en el borde de la cama. Entonces ella le notó las marcas del cuello: huellas de unos dedos largos pintadas alrededor de la garganta, evidenciaban el intento de estrangulación. La abuela, llena de ternura, le dijo acariciándole la frente:

—Hijo de mi alma, ¿quién. . . ?

Pero él reaccionó y, tomándola por los hombros, la sacudió violentamente al tiempo que exclamaba con voz amenazadora:

— ¡Ni una palabra de esto a nadie! ¡Oyó, mamita?

En seguida le rogó que lo dejara solo y que apagara la luz al irse.

Lo más curioso de todo, según la vieja, eran las partículas de barro adheridas a las marcas de la garganta.

—Nadie había entrado en el cuarto. Puertas y ventanas estaban cerradas. ¿Me quiere hacer el favor de explicármelo usted, ya que se cree que sabe tanto? —y me miró desafiante—. Cuando le digo que no era cosa buena. . . — prosiguió—. Otra vez, como a las dos de la madrugada, vino a mi cuarto y me despertó. Dijo que tenía miedo de quedarse solo en el suyo. Pasó el resto de la noche sentado en una mecedora junto a mi cama, fumando como un condenado. ¿Por qué tenía miedo, ah? Hum. . . “el que la debe, la teme”.

A continuación se ocupó del pasado, de la prehistoria de ese episodio que colmó su vida sencilla de emoción y que había culminado con la muerte de Rafael. Una vez conocido el desenlace, por supuesto, resulta relativamente fácil unir los hechos de modo que forzosamente desemboquen en

aquél. Todo suceso, por insignificante que sea, adquiere insospechada importancia visto a la luz del desenlace.

No es de maravillarse, pues, que para la anciana el noviazgo de su hija con el padre de Rafael tuviera el carácter de una advertencia. Todo era un aviso: las llegadas de Josefina a altas horas de la noche; las veces que los había visto besuqueándose por los rincones de la casa; los papelitos amorosos que había sorprendido en la cartera de Josefina.

Lo que más sublevaba a la vieja fue la forma truculenta en que habían llevado a cabo sus planes; el engaño de que se valieron para precipitar el matrimonio. Me dijeron que ella estaba encinta. La anciana, claro, tuvo que darles su consentimiento. Pasaron los meses, y como nada ocurría por ese lado, comprendió que se habían burlado de ella.

¿Por qué se opuso a aquellas relaciones? Bueno, era difícil explicarlo. Ese hombre no le inspiraba confianza. Se comportaba con extrema corrección; pero en su presencia la anciana experimentaba un sentimiento próximo al asco. Asco, ésa era la palabra. Asco cuyo origen nunca pudo determinar ya que, por lo demás, no era de mal parecer y vestía con mucha pulcritud y propiedad.

Yo escuchaba en silencio, presa de una molesta impresión de irrealidad, probable consecuencia de los barbitúricos que tomaba todas las noches. Lo cierto es que la cháchara de mi anfitriona no podía ser más incoherente e irresponsable. Saltaba de una cosa a la otra, confundía lastimosamente el tiempo de los verbos y la identidad de las personas. La mayor parte de su historia, apenas si la insinuaba.

—Josefina, Josefina: ¡ten cuidado con ese bicho! —solía advertirle diariamente.

Pero Josefina, despreciando el consejo sabio y bien intencionado, fue a buscar la locura en sus brazos.

Cuando Josefina perdió la razón, al mes de nacer Rafael, la vieja, a pesar de que había vaticinado todo lo que iba a

ocurrir, sintió renacer su amor de madre. Solícitamente, la rodeó de cuidados. Pasaba las horas en el cuarto del hospital confortando a Josefina. Todo en vano: su hija no la reconocía, ignoraba quién era esa mujer que sacrificaba el sueño para velar el suyo.

Sólo una vez, durante medio minuto, llegó a reconocerla. Sólo una vez interrumpió sus alaridos de posesa para dirigirle la palabra. Fue en vísperas de que la enviaran a Panamá. La vieja arribó al hospital, como de costumbre, sobre las seis de la tarde. Una vez en el cuarto, se sorprendió al ver en los ojos de su hija una mirada lúcida. Me ha reconocido, pensó llena de esperanza avanzando hacia la cama. A punto de abrazarla, vio otra expresión en los ojos de Josefina: el odio más feroz, un odio que temblaba también en las palabras con que la acogió:

—¿Qué vienes a buscar? ¡Ya me has hecho suficiente daño!

—¿Qué dices, hija mía. . . ? —replicó la anciana, acongojada.

— ¡Tú sabes bien lo que le has hecho a tu hija!

—Pero no te entiendo. . .

—Sí me entiendes. ¡Vete de aquí, maldita! ¡MONSTRUO!  
¿Sabes lo que has hecho? ¡TU HAS PARIDO A LA TULI-  
VIEJA!

Y, con gran inquietud de mi parte, los ojos de la anciana se desorbitaron.

—¿Qué me dice usted de eso, ah?

Pero yo no tenía nada que decir.

— ¡Las cosas que puedo contar! —exclamó— Podría hablar día y días!

Después que se llevaron a Josefina, la vieja fue a vivir en casa de su yerno para cuidar al niño. Durante año y medio suegra y yerno vivieron como extraños bajo el mismo techo, rehuyéndose mutuamente. Nunca hablamos, ni siquiera nos atrevíamos a mirarnos la cara.

Un día vino aquello, lo inevitable: el suicidio. El hombre

que se casó con su hija valiéndose de un engaño —engaño que ella calificaba de tentación al diablo, y que se había visto recompensado por la trágica secuela de hechos— se pegó un tiro. Cuando llegó a su lado, aún estaba con vida. Estas palabras brotaron de su boca horriblemente desfigurada y ensangrentada:

—Quién lo . . . tra . . . jo . . .

Expiró sin tener tiempo de completar la pregunta, sin oír la respuesta que a ella le quemaba los labios.

A continuación, la carta del suicida trabajosamente leída junto al cadáver todavía tibio; la carta apresuradamente redactada, en que le legaba sus bienes y le echaba encima ese peso mortal que se llamó Rafael.

—Dígame usted ahora, doctor. ¿Qué culpa tenía yo de lo ocurrido? ¿Fue culpa mía que ella se hubiera vuelto loca, que él se pegara un tiro? ¿Qué tenía yo que ver con el nacimiento de Rafael? Yo no engañé a nadie fingiendo estar encinta. Contésteme, doctor. ¿O es que usted opina que sí tengo culpa?

Por un momento el rostro arrugado perdió algo de su ferocidad. Una sombra de nostalgia le endulzó las facciones consumidas por los años. Prosiguió con menos aspereza:

—¿Por qué cree usted que pasarán estas cosas?

Me encogí de hombros. La vieja continuó:

—Ni ella ni yo merecimos esa suerte. Ni él. A veces me pongo a pensar que ni el mismo Rafael merecía ser lo que era, merecía que le pasaran las cosas que le pasaron.

Una angustia indescriptible se apoderó de su voz:

—Nadie es libre de ser lo que quiere ser. Nadie puede. . .— y el dedo índice señaló en dirección al poniente.

Una pregunta que venía atormentándome acudió espontáneamente a mis labios:

—Dígame una cosa, señora, con toda sinceridad: ¿Rafael se parecía a su padre? Físicamente, quiero decir.

—Hum. . . ¡quién sabe! —fue la cansada respuesta—. Y además, ¿qué tiene que ver eso en el asunto?

Luego se desvió para ocuparse directamente de Rafael. Manifestó que no tenía objeciones de principio que hacerle a las ocupaciones del muchacho. Que cada cual haga lo que debe hacer. No todos han de ser comerciantes o agricultores. Al fin y al cabo, alguien tiene que escribir los libros y la música que anda por ahí. No; a ella no le quitaba el sueño la poesía de Rafael. Lo malo, aseguró, era el origen turbio de la claridad. Lo peor era que la vocación del muchacho estaba vinculada con la locura de la madre, con su muerte, con el suicidio del padre. Es más: la pureza que todos ven en sus escritos, apoyábase en la depravación de Rafael. En realidad no podía explicarlo bien; pero resultaba evidente —para ella, al menos— que Rafael se veía obligado a hacer su negra vida para conservar limpia su poesía.

Pensé en Goethe, pensé en “Werther”. Sí, el caso era idéntico, sólo que a la inversa. Goethe ennegreció su obra para aclarar su vida y Rafael encharcó su vida para purificar su obra.

—Fíjese bien— dijo la voz cascada—, el se escondía para escribir sus cosas. Como si estuviera haciendo algo vergonzoso.

Sí; la creación poética en el fondo se emparenta trágicamente con el onanismo. . .

Cada vez que Rafael escribía, se preparaba increíbles cerros de emparedados, como si el desgaste físico fuese enorme y tuviera que compensarlo con mucho alimento. Frecuentemente trabajaba hasta la madrugada; cuando ella se levantaba a hacer sus necesidades, veía la luz filtrándose por las rendijas de su puerta cerrada. El ruido de la pluma al correr sobre el papel rasgaba el silencio de la casa. Y lo más asombroso era que al día siguiente se veía como repuesto: el rostro fresco, los ojos negros más luminosos que nunca. Pro-

bablemente había pasado la noche en claro, pero nada en su aspecto lo indicaba.

—Usted que es médico, ¿podría explicarme eso?

No; no podía, y no lo intenté siquiera.

Lo más penoso era que entre nieto y abuela existía un tácito acuerdo de no hablar de estas cosas, ni del pasado. La vida hogareña transcurría normalmente, como si ella nada supiera; pero sí sabía, y Rafael no ignoraba que sabía. No obstante, ambos callaban su amargo conocimiento.

—Pues, sí. Como le iba diciendo. . .

No sólo trabajaba hasta altas horas en sus poemas, sino que, muchas veces —estaba segura— lo hacía después de haberse hundido varias horas en el calor animal de un lecho femenino.

—De la cama a las nubes, como quien dice.

Rafael también pintaba mucho. Casi todas sus telas —salvo dos o tres paisajitos inofensivos que iluminaban otras tantas Salas— las guardaba en un baúl mohoso y herrumbrado. Nadie llegó a verlas. Nadie, ni ella misma. Rafael conservaba siempre la llave en el bolsillo. Muchas veces, en los días de limpieza general, le había suplicado al poeta que le permitiera sacar el baúl, desempolvarlo y exponerlo al sol; pero él se indignaba cada vez que se lo proponía.

— ¡No quiero que nadie lo toque, abuelita!

Pues bien, una semana antes de su muerte, a horas avanzadas de la noche, la abuela oyó ruidos de pasos, y se levantó. Por la ventana alambrada, presencié la siguiente escena que se desarrollaba en el patio:

Rafael vaciaba el contenido del baúl sobre la hierba. Hizo una pila informe de telas pegajosas, la roció con querosén y le prendió fuego. Por último, con un hacha, despedazó el baúl.

— ¿Qué cosas pintaba Rafael?

La anciana propuso a mi consideración tres problemas:

1) ¿Por qué razón quemó sus cuadros apenas una semana

antes de su muerte? ¿Acaso sabía que iba a morir y se preparaba para el evento?

2) De ser así, ¿qué relación tenía el contenido del baúl con el crimen?

3) Las pinturas, ¿tenían algo que ver con la identidad del asesino? ¿Acaso Rafael estaba interesado en que su asesino no viera los cuadros? A lo mejor éstos delatarían al criminal, y Rafael no quería que eso sucediera; no quería que la justicia le echara mano. . .

Estas cuestiones no me las planteó con tanta claridad; las deduje de las palabras sibilinas que se atropellaban en su boca.

La vieja se acomodó en su mecedora en la actitud de quien aguarda una explicación solicitada; pero yo me limité a revolverme nerviosamente en mi asiento. Luego encendí un cigarrillo, siguiendo con los ojos el camino que recorría el humo al ser liberado. Por otra parte, era obvio que la vieja en realidad no esperaba ninguna respuesta. Las preguntas se las formulaba a sí misma. Ni una sola de las respuestas que se le ocurrían la satisfizo, porque de pronto exclamó:

—Qué enredo. ¡Cada vez lo entiendo menos!

Después de otra media hora de penosa conversación, logré que me permitiera ir al cuarto de Rafael. Cuando le comuniqué mi deseo, saltó literalmente de su asiento y me clavó una mirada iracunda; pero al final vencieron mis dotes de persuasión. La vieja me acompañó hasta la puerta, donde me dejó con las siguientes palabras:

—Entre solo, doctor. Yo no quiero mirar más ese cuarto.

Vacilé en la entrada. Sentía una gran opresión en el pecho, como si fuese a darme un infarto. Tuve que forzarle a franquearla.

Emoción indescriptible. El aire estaba lleno de Rafael. La cama desnuda mostraba los resortes; habían quemado el colchón ensangrentado. Avancé unos pasos. Me puse a examinar los libros de la pared. Una ráfaga de pureza familiar

me dio en pleno rostro, obligándome a entrecerrar los ojos. Ahora el armario. Como si cometiera una profanación, abrí la puertecilla. Dentro se alineaban los trajes de Rafael. Lucían particularmente vacíos. Registré bolsillo por bolsillo sin hallar más que los objetos corrientes: un cortaúñas, una cajetilla de cigarrillos, otra de fósforos. Volví a cerrar.

Hacia la cómoda. Caminaba en puntillas, por respeto a la presencia que aún no había tenido tiempo de ir a reunirse con su dueño. El espejo del mueble me devolvió mi imagen, turbiamente. Las primeras dos gavetas albergaban la ropa interior y las camisas del poeta. En la última se juntaban su infancia y su adolescencia: una pelota de tenis, vieja y sucia; una cuerda de pescar; unas canicas rotas; un cortaplumas herrumbrado; pinturas de música, navajillas de afeitarse, desodorantes.

La fotografía de García Lorca atrajo mi atención. Extraño mundo este, pensé, en que los poetas mueren de muerte violenta.

Ahora el escritorio. La gaveta del centro estaba cerrada con llave. Tuve que violarla valiéndome de un destornillador que hallé en la mesita de noche. Apareció un cartapacio lleno de hojas de papel escritas a máquina. Eran poemas, algunos en prosa. Un título llamativo: "Sermón Nocturno". Me prometí leerlo más adelante. Ahora debía consagrarme exclusivamente a la búsqueda de pistas, por más ridículo que me sintiera en mi papel de detective. Otro título. . . un escalofrío me recorrió el espinazo. Me entró un miedo infantil. "El Llanto de la Tuliveja". No me atreví a leer el texto.

Con manos temblorosas repasé hoja por hoja el contenido del cartapacio. La última página había sido escrita a mano, con letra casi dibujada. Se llamaba "Testamento" Decía:

"Si acaso la muerte me sorprende sin darme tiempo a poner en orden mis cosas, deben tomarse las siguientes disposiciones:



“1) La parte de mi obra poética aún inédita, hay que quemarla. Las cenizas, dentro de una urna, se arrojarán al Río. . .

“2) Mi ropa y demás artículos personales deben incinerarse también. Quiero que las cenizas descendan a la tierra conmigo. Y los retratos. Por ningún motivo se le permitirá a nadie conservar algo mío como recuerdo.

“3) Es mi voluntad que mi tumba consista únicamente en un montoncito de tierra. Nada de lápidas, ni de inscripciones, ni de fechas, ni de cruces. Una prominencia anónima. Si alguien de la capital llega con intenciones de visitarla, no le indiquen su ubicación;

“4) Cualquier rincón del cementerio me vendrá bien, excepción hecha de la vecindad de la tumba de mi padre. Deseo que me entierren lo más lejos posible de ella;

“5) Nada de aniversarios, nada de discursos ni de elogios póstumos. Si alguien imbecil de anteojos pretende leer un estudio crítico sobre mis restos, deben impedírselo empleando la fuerza si fuere necesario.

“Y nada más. Que estas disposiciones se cumplan al pie de la letra.

Rafael”.

No tenía fecha. La miré largamente, preguntándome ¿qué significa, al fin y al cabo, este testamento? De moque que el poeta sabía que iba a morir. Y pronto, a juzgar por las recomendaciones. Ahora bien, según mis noticias y según el examen post-mortem que le practiqué, revisando órgano por órgano, Rafael no padecía ninguna enfermedad que pudiera poner en peligro su vida. Sí; la muerte que esperaba era violenta. Un asesinato, porque las palabras iniciales “si acaso la muerte me sorprende” descartaban la posibilidad de que estuviera pensando en el suicidio.

Doblé la hoja, y me la guardé en el bolsillo. Luego devolví al cartapacio el resto de su contenido. Lo puse a un lado,

y seguí registrando. Encontré una libreta. Su contenido era muy diverso: apuntes de lápiz de paisaje; rostros expresivos de negros, rostros hieráticos de indios; versos sueltos; citas de los clásicos. En el centro de la libreta, cuidadosamente doblada, una carta escrita con tinta verde y letra primorosa. La fecha correspondía a la semana anterior. Voy a transcribirla:

“Amado mío: Sentí en el alma que no acudieras a nuestra cita de ayer. Te esperé más de una hora, al cabo de la cual me fui a casa furiosa contigo (y conmigo, por hacerte caso); pero hoy en lo único que pienso es en volverte a ver. Si no vienes esta tarde, me moriré y tú serás el culpable. ¿Por qué me habré enamorado de tí? ¿Por qué serás tan ingrato? Te adoro con locura. Ven, por caridad. . .

Eso era todo. Empero, estrujé el papel violentamente como esperando algo más. No tenía firma. Una nebulosa danzaba frente a mis ojos irritados. Mi memoria quería asirse de algo. Miré de nuevo la letra. Y de pronto, como un relámpago cegador, se hizo la luz en mi cerebro. La sangre acudió a mi rostro en oleadas ardorosas, y la vista se me nubló. Las rodillas iniciaron un loco temblor por su cuenta. El corazón me latía sin ritmo, desordenadamente, punzantemente.

Haciendo un esfuerzo desesperado, logré echar mano de la silla y me dejé caer en ella, abrumado por la súbita revelación. Abrazándome las piernas, apoyé la frente sobre las rodillas.

— ¡Dios de mi vida! ¡Dios mío, Dios mío!

Inesperadamente, desde el fondo de mi amargura, una voccecita formuló esta frase:

Rafael: ojalá no hubieras muerto para tener el gusto de asesinarte personalmente, con mis propias manos.

\*\*\*\*

La vieja me contempló con ojos risueños mientras que yo, blanco y tembloroso como una hoja de papel, abría la puerta. Ya estaba yo en la calle, cuando la voz cascada me preguntó en un tono imposible de describir:

— ¡Encontró lo que buscaba, doctorcito?



## EPILOGO

*“ . . . mis días fueron más ligeros  
que la lanzadera del tejedor  
y fenecieron sin esperanza  
Acuérdate que mi vida es viento,  
y que mis ojos no volverán a ver el bien. . . ”*

JOB 7: 6 y 7

Es una mañana resplandeciente. Nubes blancas se apelonan en el cielo, separadas por enormes espacios de un azul purísimo. El sol ha vuelto a salir después de muchos días de lluvia, de vientos huracanados, de relámpagos cegadores y de truenos. Luce más poderoso que nunca, irradiando un calor acariciante que llega hasta el alma y la conforta.

El invierno, los aguaceros torrenciales, el viento del sur desatado obran un efecto especial sobre el ánimo de la gente. Todos se reconcentran en sí mismos, se hunden aún más en sus penas personales. Las relaciones humanas se reducen entonces a una serie de monosílabos, de gruñidos impacientes. Recuerdos negros que yacían enterrados en el poso de la memoria, brotan a la superficie profundizando las arrugas del rostro, empañando las miradas. Es entonces cuando las frustraciones y los amores contrariados; las ofensas inferidas; la palabra dicha a destiempo; el silencio inoportuno, el callar cuando no se debía nos cobran desde el fondo de los años su deuda en noches de insomnio o en sueños color de sangre poblados de gritos y de pausas asfixiantes.

Sí; el invierno es mal asunto. Mujeres acodadas al balcón contemplando la lluvia, absortas en el ruido que hacen las

gotas sobre los techos de zinc al levantar soñolientamente la herrumbe acumulada. Hombres con las manos en los bolsillos, frías más que por la humedad, por la sensación de lo que han hecho o dejado de hacer con ellas. La fatal pesadumbre del paisaje se impone a todos por igual, irresistiblemente. En tiempos normales, los bocatoreños son ciegos y sordos. Oyen al viento enloquecido de miedo en las copas de los árboles como quien oye llover. Miran sin ver los reflejos ardientes del sol sobre la bahía (porque cuando ese prodigio, ese milagro increíble se repite día tras día, deja de asombrar), el acrecentamiento del verdor de la vegetación, la luna llena que trepa hasta la almohada advirtiéndoles en vano la existencia de Dios.

Mas con la llegada del invierno el paisaje avanza hasta el proscenio, relegando hacia un remoto segundo plano todo lo demás. Nos duele entonces la niebla que sofoca la cordillera. Nos duele el sostenido duelo que libra el mar con las leyes de la naturaleza. La frente se empaña ante el vaho mortal que flota sobre los manglares.

La súbita revelación de la belleza del paisaje es casi tan terrible y sobrecogedora como la súbita revelación de Dios. Algunos privilegiados disponen de consuelos; pero lo que carecen de ellos, deben enfrentarse incermes y solos con una tremebunda realidad para que la que no están hechas sus pobres almas.

La belleza del paisaje, interpretada por un pintor, nos toca el alma con un sentimiento dulce, a lo sumo melancólico. Sentimos que el encanto de la tela reside, no en lo que representa, sino en su interpretación. Lo que nos enternece no es del árbol o del río, sino una añadidura del artista. Pero la belleza del paisaje mismo, ¡Dios mío! ¡Qué emoción misteriosa y arrebatadora!

Sí; es el invierno el que nos trae esos quebrantos. Las aves marinas desaparecen como si se las hubiera tragado el cielo

turbio. De noche los gatos, mientras copulan con furia infernal sobre los tejados, dejan en libertad a los niños que llevan dentro, prisioneros. No es raro, entonces, que la adolescente se ponga a llorar pensando en la crueldad incomprendible de la vida y en la indiferencia de ese galancete presuntuoso del bigotito recortado. . .

Pero, a Dios gracias, todo eso ha quedado lejos, muy lejos. El sol ha vuelto a salir, y los pensamientos y emociones molestos han ido a esconderse o se han refugiado en el pecho de los locos, de los dos o tres locos que deambulan por las calles del pueblo, invernados para siempre:

La vida ha vuelto hoy por sus fueros. El sudor, contenido por el frío pegajoso de los días pasados, sale de nuevo por todos los poros de la piel. Los cuerpos han recobrado sus viejos olores.

Los niños van a clase, demorándose en las esquinas, maravillados por las hormigas que, en fila india interminable, arrastran su botín de hojas verdes. Semejan animales prehistóricos en miniatura con esas jibas artificiales. En aquel poste, un perro levanta la pata, indiferente a la joven maestra de escuela que apura el paso. La niña que durante tres semanas se ha debatido con una tifoidea, abre los ojos soñolientos al día que nace al pie de la ventana del hospital. Está débil, pero es una debilidad dulce y placentera. Una fragancia exquisita de mangos le hierde la nariz. Ha sonreído; hoy se inicia su convalecencia.

El pescador se hace a la mar, contento de reanudar —después de tantos días— su trabajo; por la noche tomará su buena sopa de pescado, y luego podrá ingerir unas cuantas botellas de cerveza helada en compañía de ese maestro de escuela retirado que es tan buen amigo suyo y tan buen conversador.

El panadero extiende sobre la mesa husmeante hileras de pan recién asado.

El conserje municipal amontona a la orilla de la calle las

hojas secas y basura del parque Bolívar. Debe darse prisa, porque de un momento a otro pasará el camión de la basura.

La joven esposa del sastre anoche dio a luz unos mellizos, y ahora se sonríe, perdida en un cielo de tierna bobería. La noche de dolor, la tormenta, los alaridos de posesa parecen tan lejanos como si desde entonces hubieran transcurrido quince años.

El portero del Juzgado esta mañana desayunó apenas con una taza de té hecho con hojas de limón y un pedazo de yuca hervida; pero es una estampa de la alegría y del optimismo. De bruces sobre la ventana del despacho, situado en el piso alto del Palacio Municipal —la única construcción de Bocas del Toro que merece el título de edificio—, contempla con ojos rientes la calle animada por la algarabía de los niños y los gritos de los adultos que conversan de acera a acera.

Nuestra historia se acerca a su fin, y quisiéramos que un poco de la claridad y de la luz que inunda al pueblo cayera sobre ella. Lo deseamos de todo corazón, pero. . .

\*\*\*\*

Hoy, precisamente, se cumple el primer aniversario de la muerte de Rafael. Algún amante exaltado de su poesía ha publicado, en una página literaria, un ditirámico artículo conmemorativo. Un poeta amigo ha escrito unos versos en su honor que pálidamente recuerdan el ritmo único de los que solía escribir Rafael.

En la ciudad de Panamá, una dama elegante, recostada lánguidamente en un diván de cuero, se llena de nostalgia mientras fuma cigarrillo tras cigarrillo. Cerca, o lejos, su marido se hunde en un mar de guarismos para sacar en limpio el monto total de las utilidades del negocio que sostiene el lujo de la



casa, los elegantes silencios y las crisis neuróticas de su mujer.

Muchos otros —muchas otras— en la ciudad capital recuerden este aniversario con los sentimientos más encontrados.

Aquí, en Bocas del Toro, una negrita adolescente, de cuerpo escultural y dulce rostro, se dejará llevar por el mismo dolor que la atormentó hace justamente un año. Se hará de nuevo las mismas preguntas una y otra vez contemplando el árbol de fruta de pan que se alza en el patio de su casa.

Pero, en general, son pocos los que saben que hoy se cumple un año. Ni el gobierno, ni el municipio han expedido decreto alguno invitando a guardar el día. Hace tiempo que el estupor del pueblo fue absorbido por los cuidados de la vida diaria, por la marcha de los asuntos públicos y privados. El caso no se ha olvidado del todo. En las conversaciones de sobremesa o de cantina, surge inesperadamente, se le concede un minuto de pensativa atención y desaparece de nuevo. Lo mejor es no hablar de estas cosas horribles, lo mejor es olvidarlas. Alguién dirá de improviso, en una tertulia, provocando un murmullo general de asentimiento, que Rafael era un muchacho muy simpático, muy inteligente. Después, todos hablarán de la pesca de la tortuga o del campeonato interprovincial de baseball o de las aspiraciones políticas de Fulano. A pesar de que el crimen ocurrió apenas el otro día, ha ido a engrosar el pasado, la historia, a la par de las otras atrocidades cuyo recuerdo de nada sirve conservar porque arrojan una sombra desagradable sobre la reputación de Bocas del Toro. Sí; son muy pocos los que en esta mañana esplendorosa recuerdan a Rafael.

En el cementerio, un grupo de los que fueron sus amigos se reúne alrededor de su tumba. Son los testigos; los que podrían decir unas palabras de cargo o de descargo.

Sí, Rafael. Tu tumba no ha podido permanecer, como era tu deseo, en el anonimato. Son muchos los que saben que esa prominencia es la que cubre tus huesos. Fácil le resultaría que

a cualquiera dejar caer sobre ella una lágrima o una maldición. Alguien ha evitado piadosamente que la maleza se cierre sobre el montoncito de tierra. Una corona de vivos colores acaba de ser depositada sobre el sitio donde deben reposar tus pies. En ella, entrelazados a rosas, margaritas y dalias, hay unos cuantos jazmines deshojados y marchitos.

Sí, Rafael. También hay jazmines sobre tus restos. Hay jazmines, Rafael, la flor que tú tanto amaste hasta convertirla en un símbolo de todo lo que era extraño, lejano e intensamente añorado. La flor que ahora mismo querrías aprisionar en tu boca descarnada en lugar de polvo y de perdón. Tus dedos ya no podrán sentir en sus yemas esa sedosidad exquisita; pero allí están, sobre este tumulto en torno del cual se agrupan ahora tus amigos. ¿Tus amigos? Bueno. . .

Ahí está, las manos trenzadas a la altura del pecho, el padre González. Sus labios se entreabren en silenciosa plegaria. Sus ojos lacrimosos vagan sin objeto. Cuando camina, su paso es vacilante y pesado. Se ha transformado de golpe en un anciano. Ya le cuesta mucho madrugar. Cuando los domingos dice su sermón, la voz no encuentra el tono indicado, y su pensamiento suele extraviarlo por las selvas más sombrías de su fe. A veces no se sabe si habla para el público o si reza para sí, tal es de bajo el tono que emplea ahora. Las confesiones lo dejna indiferente. Con un bostezo ahogado administra la penitencia. A veces ésta es completamente desproporcionada a la falta. O excesiva, o insignificante. Es como si hubiera extraviado el sentido de la culpa. Le cuesta tasar el mal y establecer una escala equilibrada el pecado y el castigo. Su pobre corazón sólo late con cierta vida cuando el crepúsculo implacable le trae tu recuerdo lleno de sombras. Sólo entonces logra conversar con Dios.

Allí está también Orlando, de pie, con las manos irreverentemente hundidas en los bolsillos de su pantalón. Anoche tomó más de la cuenta, y hoy tiene los párpados hinchados,

la lengua saburral, los ojos enrojecidos, el rostro abotagado. Este último año ha sido fatal. Se ha vuelto a ver en líos con la policía. Le levantó la mano a una mujer en una cantina; le echaron quince días de cárcel. Después fue una riña de juego; otros quince días. Ese camino lo llevará al presidio; pero, por el momento, allí está con ganas de hundir el rostro en tierra y echarse a llorar.

A su lado, Carmen. Esa palidez que fue lo único que te contuvo, evitando que sobre ella cayeran tus ansias nocturnas, se le ha acentuado en forma increíble. Profundas y anchas ojeras hacen de su rostro algo sumamente penoso de contemplar. Trae puesto un vestido blanco, cuyo cuello almidonado le irrita la piel. Una mantilla, también blanca, le tapa los cabellos. Un temblor incontenible le bate los labios exangües. Es la única que llora sin tomarse la molestia de disimularlo. La mano derecha, casi transparente, estruja convulsivamente un pañuelito rosado, húmedo y oloroso. Se diría que lleva su sombra, esa extraña compañera que nos dio la vida, por dentro, apagada y cenicienta. Está agazapada en su interior, a la altura del diafragma. Cuando se alce unos centímetros, y la cascada tenebrosa de la cabellera se extienda sobre el corazón, morirá. El doctor Martínez, a su derecha, lo sabe. Por eso la mira con disimulo, despidiéndose silenciosa y desesperadamente.

Allí está también Leonor. Como de costumbre, es imposible deducir por su rostro los pensamientos que revuelve.

Perdóname, Rafael, que abandone ahora este semi diálogo, este truco literario. Me importa aproximar más aún al lector a la intimidad mental de esta encantadora mujer.

Los ojos verdes tienen la expresión normal, un poco intimidante como vimos al principio, y no permiten leer en ellos otra cosa que no sea un respetuoso recogimiento. A veces contempla a Carmen con afectuosa solicitud, con cierto aire protector. Su mirada roza ocasionalmente, como

por casualidad, el rostro pensativo del doctor Martínez.

Acerquémonos aún más, abusando un tanto de nuestra privilegiada posición de narrador. Pensemos los pensamientos de Leonor. Dejémosnos llevar con ella por ese ensueño en que la sume el recuerdo. ¿Qué pasa por su mente cuando los bellos ojos se detienen en los otros?

Recuerda a Rafael. Recuerda la forma peculiar que tenía de sonreír, mostrando los dientes pequeños y regulares. Recuerda las pestañas larguísima, defendiendo los ojos del resplandor del sol. Recuerda los dedos largos, de articulaciones nudosas; los ademanes asombrosamente parecidos a las palabras cuando una frase exigía especial claridad. Recuerda la cabeza bien conformada; los cabellos negros y cortos. Recuerda la cabeza que dejó caer en su regazo por primera vez hace ya cuatro años (Cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo). Recuerda los labios infantiles pegados a los suyos en el beso más raro y delicioso del mundo.

Fue en una tarde calurosa, a pleno sol, a pocos pasos del mar, sobre la arena quemante. En una isla vecina. . .

Recuerda el baño de mar; el gozo indescriptible de Rafael al arrojarse contra las olas espumosas que venían a morir con gran estruendo en la playa; los gritos alegres y el temor que sigilosamente acechaba en sus pupilas. Recuerda la admiración infantil ante el arrojado de ella.

A la media hora el muchacho estaba exhausto. Se acostó boca arriba sobre la arena, negándose a dar un paso más. Ella se le acercó, sonriendo burlescamente.

Recuerda el silencio que los envolvió, únicamente turbado por los chasquidos del océano. Y volvió a verse sentada junto a Rafael quien, con los ojos cerrados, aparentaba dormir.

Recuerda vagamente el inicio de la conversación. Recuerda los ojos negros horadantes; recuerda la delicadeza con que él le tomó la mano, inocentemente, como obligado por un giro de la charla. Luego el ademán de abandono, de cansancio con

que apoyó la cabeza sobre sus muslos. No olvidará el hondo también profesionalmente. Es mucho lo que le ha enseñado esta malsana zona tropical. Después de la borrasca sentimental, se puso a estudiar de firme, con absoluta dedicación. Lo menos cuatro horas diarias le dedicaba a la lectura de los voluminosos y abstrusos libros de su profesión. El servicio médico y quirúrgico que presta a la población el hospital de Bocas del Toro mejoró visiblemente. Por eso todos lamentan que se vaya mañana definitivamente: al mediodía, un avión se lo llevará a Panamá, donde lo aguarda una buena posición en el hospital Santo Tomás. Martínez quisiera quedarse, pero sabe que eso es imposible. Ya nada lo retiene en estas islas melancólicas. Hay otra razón para que apresure su viaje: no le gustaría asistir a la muerte de Carmen. En un par de semanas, todo habrá terminado para ella. El médico la mira de nuevo, ahogando un sollozo en la garganta. . .

\*\*\*\*

Han emprendido el regreso. El doctor Martínez va a la cabeza con Carmen, que se apoya en su brazo, seguido de cerca por los otros. Caminan en silencio, lentamente, mirando el suelo arenoso, la punta de sus zapatos, las piedrecillas ásperas, la hierba alta.

Cuando el portón del cementerio se cierra detrás de ellos, rechinando, el médico le propone a sus compañeros:

—¿Qué tal si vienen a mi casa? Los invito a tomar una taza de café.

¡Se han ido, Rafael! Te han abandonado en este primer aniversario. El año entrante serán menos. Tal vez nadie visitará este montoncito de tierra.

Ahora sólo quedo yo, Rafael. Pero una muralla insalvable

impulso maternal que la impulsó a acariciar su frente. Y cómo, inmediatamente, sin poder contenerse, bajó la cabeza y pegó su mejilla a la del poeta, entrecerrando los ojos, dejándose arrebatar por una ternura que nunca se creyó capaz de sentir. El entonces la miró con ojos en que ardía una luz ardorosa e implorante de niño enfermo. Recuerda las manos que aprisionaron su rostro suavemente, forzándola a buscar sus labios infantiles. Recuerda la escena que tuvo lugar a continuación, en un pequeño claro entre dos rocas gigantescas. . .

Recuerda la fragancia que les traía el viento, fragancia de ilán-ilán, y el rumor sedante de las olas y la absolución del cielo y la poesía profunda. . .

Sus ojos miran ahora al padre González, descubriendo arrugas y años que nunca le había notado. ¡Cómo ha envejecido!, piensa. Y bajando la vista, busca entre las flores de la corona el resto de sus recuerdos.

Ahí está también el doctor Martínez. Este año también le ha dejado su huella en las sienes. Tiene un aire grave, de pensativa madurez. Los ojos llevan una dolorosa luz de comprensión dura. Hay como un reproche en la amarga fijeza con que considera a personas y cosas. Sólo cuando se posan en Carmen se aclaran, se suavizan, se cargan de solidaridad humana.

Ha aprovechado jebidamente el año, excepción hecha de aquellos primeros en que anduvo perdido en una selva inextricable en la que se internó solo, sin armas y sin guía. ¡Cómo fue herido, entonces, por las zarzas y las serpientes venenosas y los animales repulsivos de un submundo de pesadilla! Le desgarraron en girones la carne y el espíritu. Aunque viva cien años, no logrará restañar las heridas.


Pero desde entonces es mucho lo que ha aprendido en sabiduría del corazón y del cerebro. Está ahora mejor equipado para vivir y entender la vida. Esta mejor preparado

separa mi mundo del tuyo. No puedo penetrar en él. La distancia es inconmensurable, a pesar de la proximidad en el espacio. Me es imposible llegar hasta tu tumba; pero si pudiera hacerlo, me arrodillaría al lado de tus huesos y estamparía un beso largo y compasivo en tu frente descarnada. . .

FIN







*“Yo soy el engendrado a la orilla del río,  
el ahogado, el que busca y llama  
sin cesar la mujer desgredada a gritos.  
Un llanto desvalido a la orilla del río. . .”*